



Con quién se lía la gente decente

La gente decente se trae unos apaños en materia de erotismo, que quitan el hipo. Como se sabe, toda comunidad bien organizada ronda la calle, arrastra el ala y pela la pava. Porque eso de dar calabazas y oler a puchero de enfermo, ya no se lleva. No, lo que priva en estos tiempos de participación es la lujuria amartelada y engolondriarse durante una sola noche con el tenorio de turno o con la pichona casual. Luego, safen ampollas en la conciencia y vejiguillas en las bridas del remordimiento, pero eso se lo salta uno a la torera, pues de algo valió entrenarse con el salto del tigre.

Que sí, que la ocasión la pintan calva, y mejor es comer en un mismo plato que quitar los hocicos. No vaya a ser que vuelva la Inquisición y acabe nuevamente con la placentera barraganería.

Y la gente decente (aquí no hay clases ni favores, pues ser decente vale por toda persona que obra con decoro), harta ya de comprobar el contubernio general, se apunta

al juego de prendas y se pone tibia durmiendo en corazón ajeno y a la birlonga, es decir, descuidadamente, puesto que ya que se vive una sola vez, hay que gastar el cuerpo a lo loco. Y eso está bien, ¡por fin se liberan los carcas de tanto prejuicio! Basta cantar un madrigal en la esquina, para que la gente decente se ponga en porretas y se arme allí la de Troya.

Pero la gente decente sabe lo que se hace. Jamás se amanceba con su misma clase social. Eso sería impropio de ella, dejar huellas sería fatal, pues el escándalo puede dañar la condición honrada del amante. El señorito, por ejemplo, le tira los tejos al mayor-domo; la marquesa se muere por el fontanero; el ejecutivo se trabaja a la asistenta; la niña de bien tiene un amasiao con el mecánico; el ama de la casa brujulea con el afilador; el médico de cabecera se lima a una hetaira de salón barato, y etcétera, etcétera. Pero por una sola noche. Con toda prudencia.

LA BERNARDA

